

# Marta Sanz aprieta fuerte el lápiz

La escritora reflexiona en 'No tan incendiario' sobre el mundo de la cultura

## Ensayo

POR FERNANDO MENÉNDEZ

■ Si para elogiar una novela se la califica de "literaria".

Si prolifera entre la opinión pública la expresión "consumir cultura".

Y si se confunde deliberada y continuamente cultura de masas con cultura popular es que, como nos recuerda la autora de este contundente diagnóstico que es *No tan incendiario*, la literatura ha perdido su histórico vínculo con la educación para ganar una ostentosa relación con el espectáculo. Las reflexiones y los análisis que Marta Sanz desliza en este manual de uso para ingenuos, despistados y voces que claman en el desierto, tienen la virtud, entre otras, de aglutinar una serie de sensaciones y hartazgos que se palpan en el ambiente. Es tiempo de acabar con la omertà, con el pacto de silencio y no agresión que ha reinado durante demasiados años entre los ámbitos de poder y los artistas o escritores. Tal acuerdo se basaba en una dinámica sencilla pero eficaz: yo te financio a través de diversos canales con tal de que nunca me señales con el dedo. *No tan incendiario* apunta con su dedo índice a un montón de situaciones y circunstancias que han domesticado a la literatura y a sus autores.

Primero se empezó por desear ser escritor en lugar de escribir.

Después, el personal dejó de ser conocido por escribir un buen libro; al contrario: es el personaje famoso quien (o él o sus asesores) decide que es bueno para su popularidad publicar un libro.

Esto se veía venir (todo hay que decir-



La novelista y poeta madrileña Marta Sanz. VÍCTOR ECHAVE

lo) desde el día en que en un anuncio televisivo del Libretón de BBVA se ponía a la misma altura de bienestar personal tener un hijo, ascender en el trabajo y editar un primer libro. Que me perdone el respetable lector por la expresión, pero en ese momento pensé: estamos jodidos. Libretón y libro. Libro y libretón. Si el orden de factores deja de alterar... Pues bien, a todo este paisaje que se ha ido fraguando, Marta Sanz (Madrid, 1967), novelista y poeta, ganadora de la última edición del premio Tigre Juan de narrativa, le echa un firme pulso.

En las páginas de *No tan incendiario* se defiende la necesidad de que la literatura, en nuestra sociedad actual, no sea sólo signifiante, también significado. "Nuestras propuestas culturales pasan por pensar en el ahora y en el aquí, por la

viga en el ojo propio, por reconocer el peso y el volumen de nuestras alienaciones cotidianas: las que tienen que ver con la obsesión por la salud, por la seguridad, por el fútbol y los patrióticos triunfos deportivos, por las grandes superficies comerciales y la televisión, por el conceptomismo de una literatura reducida a autoayuda, a buenos sentimientos, a lo "bonito" - yo quiero escribir feo de lo feo y dinamitar con violencia los dictados del canon".

"Escribir feo de lo feo" o apretar fuerte el lápiz, como afirma la autora de *Vintage* que el filósofo esloveno Zizek hace: "¿Por qué creemos que la tolerancia es el remedio en lugar de serlo la emancipación, la lucha política o el conflicto armado?" Escribir feo de lo feo, pues escribir bonito de lo feo es desear que lo feo no deje de ser



MARTA SANZ  
**No tan incendiario**  
► PERIFÉRICA, 190 PÁGINAS, 14,75 €

feo. *No tan incendiario* es, además, una oportuna intervención en el debate tan acertadamente abierto por Isaac Rosa sobre la corrupción cultural, zona esta del lodazal de la que apenas se habla: que, por poner un caso, en el egregio alegato anticorrupción del premiado Antonio Muñoz Molina, *Todo lo que era sólido*, no se aluda apenas a lo señalado por Isaac Rosa será porque escaseaba, no vamos a ser tan mal pensados y creer que la razón estriba en que, durante esos años tan hediondos, el autor de *Beltenebros* fue director del Instituto Cervantes de Nueva York.

Pero la corrupción cultural va más allá de no evitar el mal olor de mucho dinero. Corruptas son ciertas actitudes, el cinismo también se puede considerar una forma de corrupción. Corrupto es el poeta que desprecia públicamente la figura del escritor comprometido sin importarle haber sido secretario de Estado de Cultura (pocas formas tan estridentes y vistosas se me ocurren de compromiso político de un escritor).

O corrupto es ganar un premio internacional de poesía después de haberte paseado y compartido tertulia durante tiempo y tiempo con buena parte del jurado que te ha elegido.

Contra todo esto va *No tan incendiario*, libro que recupera la vehemencia por estilo, el apretar mucho el lápiz contra el papel. De contra a contra. Escribir feo de lo feo. Demos las gracias a Marta Sanz. Ella se ha atrevido a dar un paso adelante. Cosa que otros no hemos tenido valor.

# Todo en un libro

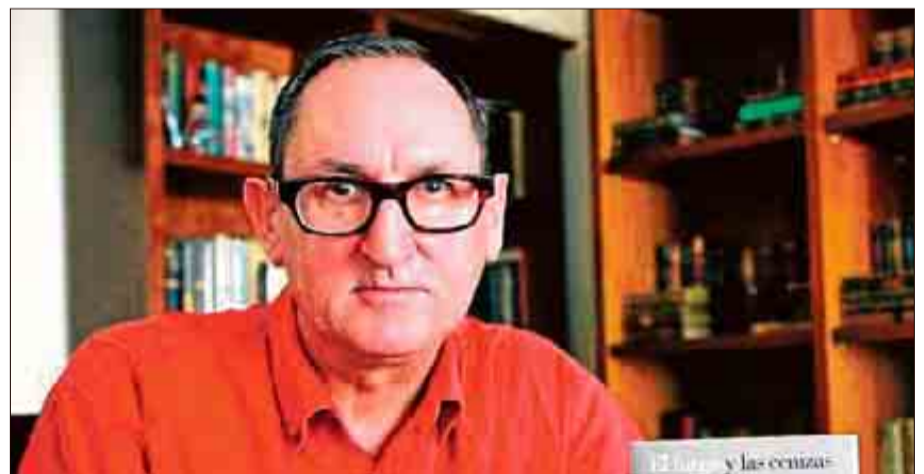
'Las confesiones de un bibliófago', de Jorge Ordaz, historia de una conversión a la letra impresa

## Narrativa

POR FRANCISCO GARCÍA PÉREZ

■ Si el querido lector aún duda sobre qué volumen regalar a alguien aficionado a la lectura, acertará de pleno con esta novela de Jorge Ordaz (Barcelona, 1946), ovetense de adopción, en cuya Facultad de Geología ejerció su labor docente que tan bien y de forma tan medida supo combinar con la creación literaria desde su ya lejana *Prima donna* (1986, finalista del premio Herralde) hasta el *Diabólico* del pasado año, o la anterior, *El fuego y las cenizas*, magnífico e infrecuente ejemplo por estos pagos de lo que podríamos llamar "intriga internacional de calidad", en una Manila trufada de espías, criminales, falangistas, empresarios y hasta alguna "mujer fatal". Hombre curioso, Ordaz, de los más sutiles saberes, de amplísima cultura, erudito, escrupuloso narrador, nos entrega ahora *Las confesiones de un bibliófago*, título que ya viera la luz en 1989 de la mano de Espasa Calpe, y que ahora recupera Pez de Plata en versión corregida y, digamos, aligerada por el autor, expurgación suave, que lejos de menoscar los valores que ya atesoraba la obra los acrecienta muy mucho, a mi juicio. Más concentración, menos datos sin perder los esenciales, más ritmo. Incluso más ligera lectura.

Ya en aquellos años del XX la figura literaria de Jorge Ordaz se apartaba de lo que el grupo de amigos que lo frecuentábamos (y a quienes tuvo y tiene la gentileza de dedicarnos esta novela) tenía por común. A Ordaz le interesaba, creo que sobre todo, la "ficción culta" (vamos a llamarla así), el autor raro y curioso, el escritor de calidad arrumbado de modo injusto por las pasajeras modas, la búsqueda de lo inusitado, la mezcla de historia, historias y fantasía amalgamadas por un estilo que casi doy en llamar "clásico", muy del XIX más selecto o, si se quiere, hasta del XVIII. De todo estos elementos está preñada la novela que hoy traigo aquí como más que adecuado regalo: la historia de un liberal frente al absolutista Fernando VII que, tras unos comienzos de no demasiada buena relación con los libros, acaba por convertirse en bibliófilo, quizá bibliómano, pero, sin duda, bibliófago, comedor de libros (tal como suena), integrante en Londres del Book Eater's Club, una selectísima y casi clandestina sociedad que hace bueno el dicho de que todo en un libro es apetecible, sabroso, atrayente... y comestible. Elige Ordaz una voz narrativa en primera persona de un personaje innombrado que vive los avatares del cambio del Siglo de las Luces al industrial XIX, que sufre exilio, que ve desmembrarse el mundo que le rodea y amó (y que, en los espléndidos capítulos finales, ve derruido), rodeado por un puñado de personajes secundarios tan claros y distintos en su proceder que el lector acaba no ya por "verlos" sino por encariñarse o enfadarse con ellos, según el carácter de que se trate (me temo, no obs-



Jorge Ordaz, escritor barcelonés afincado en Asturias. JOSÉ VALLINA

tante, que la escasez de figuras femeninas le atraiga al autor quién sabe qué reproches). Todo impregnado por tal pasión hacia los libros que le lleva a, literalmente, comérselos: solo o en compañía de otros, como ya queda dicho. Aunque, eso sí, cocinados o guisados o dispuestos con sumo gusto culinario (si acaso, por poner solo alguna pega, que no lo es, eché como lector de menos muchos más detalles de las "tenues" bibliófagas: elección del autor la parquedad al respecto o insatisfecha manía glotona mía). Porque todo en el libro es literatura de la buena: desde el estilo contenido, prudente, tan adecuado (tan "decoroso", se diría en el XVII) al proceder del protagonista, hasta el sorprendente y espléndidamente borghiano o cortazariano (¿o de M. R. James?) relato intercalado en las páginas 50 y siguientes, hasta los detalles de finísimo humor (impagables las vicisitudes de las cenizas de Trevelyan o sus instrucciones para el funcionamiento del club biblió-

go: páginas 67 y 68), como el enfrentamiento entre el filólogo Puigblanch y su enemigo, Villanueva, "con quien llegó a las manos un día en plena calle por culpa de una etimología" (página 121: imagínese el lector el cuadro). Libro sin desperdicio en página alguna: todo en él es sabroso. Lo que siga quede al gusto del consumidor.



JORGE ORDAZ  
**Confesiones de un bibliófago**  
► PEZ DE PLATA, 136 PÁGINAS, 16 €